

sonámbulos del tiempo

JOSÉ ÁNGEL LEYVA

Cuando Beatriz Escalante me dio a leer su libro, tuve un lapsus, un acto fallido, pues leí más de una vez, en lugar de los pegasos, *Los “pecados” de la memoria*. Bajo ese error de comprensión comencé a explorar pausadamente los contenidos de esta publicación que nos descubre un abanico de temas fascinantes cuya clave encontré hacia el final de sus páginas, sobre todo en el texto titulado “Los coleccionistas”. Es ésta una compilación de artículos y ensayos que suma la vocación indagatoria y reflexiva de la autora, su capacidad para hacer accesible y de fácil comprensión asuntos complejos que tocan la filosofía, el psicoanálisis, la ciencia, la poesía, la vida en su profundo y sencillo significado. Una colección que es testimonio del propio carácter de quien nos habla, desde su escritura, sobre los rasgos de quienes suelen recolectar y clasificar sus hallazgos y sus búsquedas, almacenar o agrupar la gama de actos, gestos, objetos, conocimientos, etcétera, para darle sentido a su espacio y su tiempo.

A diferencia de los coleccionistas avaros y peligrosos, Beatriz Escalante nos ofrece generosa esta serie de piezas literarias urdidas con la aguja de la divulgación y el análisis, con la mano del orfebre y del relojero a la hora de colocar puntillosamente las palabras, de tramar y exponer cada una de sus partes y de hacer la composición general de un libro que, de inicio no fue pensado como tal. Pero como dijera Arthur Koestler en *Los sonámbulos*, lo que éstos buscan no es necesariamente

lo que encuentran. Y yo, lector, que pensaba en los pecados de la memoria, me hallé en verdad bajo las alas y los cascos de la imaginación y la sapiencia.

Es éste uno de esos libros que a uno le gusta recomendar para el fomento a la lectura, sin exentar a los lectores sistemáticos, porque trae el polen de la curiosidad como sustrato y abre en cada página el camino hacia otros libros, hacia la necesidad de descubrir más y más puertas de acceso a otras puertas y otros horizontes. Su impecable factura y la diversidad de los asuntos que aborda dan como resultado una gozosa y útil inmersión en la erudición y en el tiempo. No sólo nos sugiere y explica el mundo poblado por la imaginación y los sueños, también evoca la historia, la diseña con habilidad para mostrarnos las raíces de ciertos fenómenos y acontecimientos, exponiendo las entrañas de la civilización, los ideales y frustraciones de la humanidad habilitada en sus mitologías.

Gracias a la lectura de *Los pegasos de la memoria* he recuperado la convicción de que la política no es únicamente herramienta de mezquindad y saqueo, de perversión e inmoralidad, sino como Beatriz la trae al abordar el drama de Prometeo y su anhelo de otorgar a los hombres el poder de la tecnología (representada por el fuego) para “no sólo garantizar su perpetuación en la Tierra, sino para labrarse una existencia superior a la de las demás especies.” Pero no ocurrió así, la posesión fue, y ha sido, el motor de las discordias y de los enfrentamientos, los hombres carecían del arte o la virtud política. Zeus envió entonces a Hermes “para que les concediera el

sentido del respeto y la justicia.” La autora de Los pegajos se pregunta si no hubo algunos obstáculos para que Hermes cumpliera su misión cabalmente y la mencionada virtud o arte haya quedado inconclusa, y lo que era en su origen instrumento de armonía y conciliación de intereses de la comunidad se pervirtiese en herramienta de dominio y de control, de falsedad y de engaño. La política, no obstante, continúa siendo un recurso para transformar la sociedad en beneficio de la propia humanidad con un sentido de respeto y de justicia no sólo entre los hombres, sino con sus entornos, con la naturaleza que nos constituye. Hay ejemplos, no sólo en la mitología, sino en la historia misma, de dignificación de la política, de la aspiración humana a poseer no exclusivamente el conocimiento y la técnica, el control y el poder en beneficio propio, sino a favor del otro, la política como ejercicio de la sabiduría y la justicia.

Los deseos y los terrores, las fantasías y las realidades, curiosidades y asombros pueblan los 23 textos de

esta serie que funciona como bosque donde pueden ser reconocidos cada uno de sus árboles extraordinarios, tal como lo incorpora Beatriz en uno de sus ensayos. Arbórea es la imagen del hombre y de sus trasgresiones, porque entre el árbol de la vida y el del conocimiento optó por el segundo, que encarna la duda y el misterio, la pregunta y la necesidad de saber, pero también el de la desobediencia y de la libertad, el de la responsabilidad y de la incertidumbre, en ese pequeño lapso donde lo único cierto es que hay un final para cada vida. La relación del hombre con el tiempo es memoria e imaginación, recuerdo e invención, conciencia e instinto, reflexión y juego, por eso digo que en la articulación de este libro hay en toda su diversidad temática la insistencia en la condición maravillosa de la finitud y de sus rasgos, de sus anhelos. Como un viaje que se inicia no en el camino, sino en la memoria del camino, en el preciso instante en que se descubre el ramal de los senderos. Allí, donde tienen lugar “Los pecados de la memoria”. ■

